

Un Mundo en Cambio

Victoriano Garza Almanza
Centro de Estudios de Medio Ambiente/ Universidad Autónoma de Cd. Juárez
Email: vgarza@uacj.mx

Introducción

El último cuarto del pasado siglo del segundo milenio de nuestra era ha sido una época de grandes cambios sociales, en donde era inadmisibles una reestructuración económica, social y geopolítica, como sucedió en los países totalitarios de la Unión Soviética, Polonia o la República Democrática Alemana. Soplaron los vientos de la renovación. En América Latina los gobiernos militares dejaron su lugar a los gobiernos civiles; Nicaragua retrocedió en el camino socialista que había emprendido. En Sudáfrica el *apartheid* quedó fuera de la ley y se instituyó un gobierno democrático liderado por primera vez en su historia, por un hombre de raza negra. Israel logró recuerdos de paz con algunos de los países árabes. La transfiguración de las sociedades modernas empezó a diseminarse en los países de la Tierra, como agente venturoso instigador de sociedades más justas y equitativas.



La transformación del escenario mundial

Las transformaciones sociopolíticas, además de constituir una esperanza para los pueblos sometidos, trajeron la distensión de la guerra fría que se libraba entre oriente y occidente desde décadas atrás. Ante estos giros de la historia, las posibilidades de una guerra nuclear disminuyeron.

Al cambiar los actores y el escenario mundial, otros problemas graves para la comunidad internacional, como el deterioro del medio ambiente, que desde tiempo atrás luchaba por emerger, adquirieron mayor importancia.

El concepto científico ecológico del deterioro del ambiente por causa de la contaminación, tardó treinta años en ser asimilado por los líderes de muchos de los pueblos. Prácticamente se dio a conocer entre el público neófito cuando en 1962 Rachel Carson publicó su obra *Primavera silenciosa*, donde describiría el impacto de los plaguicidas en el medio ambiente y su metabolización a través de las cadenas tróficas de los ecosistemas (1). La idea se hizo patente a nivel mundial gracias a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, verificada en Estocolmo, Suecia, en 1972, pero no tuvo eco en la comunidad de las agendas de los organismos internacionales, la noción de la crisis ecológica se revitalizó: la Asamblea General de las Naciones Unidas conminó a que se formara una Comisión Mundial sobre el Ambiente y el Desarrollo, un grupo de análisis para formular un agenda Global para el Cambio (2). Se nombró presidente de la comisión a la señora Gro Harlem Brundtland y, entre 1984 a 1987, prepararon un reporte sobre el estado del ambiente mundial: Nuestro Futuro Común, cuyo espíritu se consolidó en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo en la Cumbre de la Tierra, el cual tuvo lugar en 1992, en Río de Janeiro.

El asunto ambiental no trascendió de los corrillos científicos a los pasillos de los congresos y cámaras de representantes, y es que aún no existía una madurez científico-filosófica para abordar el problema. Es decir, el enfoque metodológico que se tenía hace treinta y dos años para plantear la cuestión ambiental, no alcanzaba las características holográficas que hoy detenta. En un principio, los reportes científicos que llamaron la atención se referían al impacto de los

contaminantes en los ecosistemas acuáticos, y la comunidad científica interesada en lo práctico estaba circunscrita a las disciplinas de la ecología y la salud.

Nuevos factores, como la contaminación atmosférica, el crecimiento poblacional, la explotación inmoderada de los recursos naturales, la extinción de especies, la insuficiencia alimenticia, la erosión del suelo, los agujeros en la capa de ozono y el calentamiento global del planeta, entre otros, se fueron sumando a la preocupación ambiental y mostrando un panorama cada vez más alarmante. A lo largo de esos años, las múltiples ciencias comenzaron a conjugarse para constituir una supraciencia, y proveer de una aproximación metodológica más integradora: las denominadas ciencias ambientales. En su *post scriptum* de la lógica de la investigación científica, Karl Popper refiere que al aumentar el conocimiento a lo largo de la historia, éste se volvió *inmanejable*. De tal forma, aparecieron los administradores del conocimiento y lo dividieron en ciencias. Las generaciones posteriores crecieron a la sombra de esas ciencias y se especializaron en componente menores; fue así como el hombre perdió la noción de que el conocimiento es uno sólo [\(3\)](#).

En los asuntos ambientales se empezó a estructurar un rompecabezas a partir de pequeñas piezas. Esta es, al menos, una lección epistemológica que la problemática ambiental le da al sabio; lección de inestimable valor que lo orienta hacia un manejo.

Conclusiones

Como objeto de preocupación de la comunidad científica, el problema de la contaminación y el deterioro ambiental atañe a todas las disciplinas del conocimiento humano: es, en sí, una nueva fuente de conocimiento. Toca también todos los valores humanos, con lo que se convierte en una nueva fuente de recapitulación moral; e incide en el interés popular, por lo que se ha convertido en una especie de credo que está esperando a su guía espiritual para ser conducido por el camino de la salvación: de la salvación del planeta.

Referencias

1. Carson, R. (1962). *The silent spring*, Houghton Mifflin, Boston. [\(regresar\)](#)
2. World Commission on Environment and Development (1987). *Our Common Future*, Oxford University Press, Oxford. [\(regresar\)](#)
3. Popper, Karl (1985). *Post Scriptum a la Lógica de la investigación científica*, vol. I Realismo y el objetivo de la ciencia, Tecnos, S. A., Madrid. [\(regresar\)](#)